

ya no habia remedio. Fuése la reina desconsolada á su aposento, y allí, en compañía de algunas señoras que fueron á visitarla, se abandonó á todo el esceso de su dolor. Entre tanto los que estaban encargados del suplicio del príncipe, lo iban difiriendo, para dar tiempo á que entibiado el celo por la justicia, diese lugar al amor paterno y á la clemencia; pero penetrando su intención el rey, mandó que se ejecutase la sentencia sin pérdida de tiempo, como se verificó, con general descontento de los pueblos, y con gravísimo disgusto del rey Moteuczoma, no solo por su parentesco con el príncipe, sino tambien por el desprecio con que el rey habia mirado su interposicion. Muerto el príncipe, se encerró su padre por espacio de cuarenta dias en una sala, sin dejarse ver de nadie, para entregarse sin estorbo á su pesadumbre, y mandó tapiar las puertas de la habitacion del príncipe, para apartar de sus ojos cuanto fuese parte á recordarle tamaña desventura.

Esta severidad en el castigo de los culpables, estaba contrapesada por la compasion que le inspiraban los males de sus súbditos. Habia en su palacio una ventana que daba á la plaza del mercado, y estaba cubierta con una celosía, desde la cual miraba, sin que nadie lo observase, todo lo que allí ocurría: cuando notaba alguna muger mal vestida, la mandaba llamar, se informaba de su vida y de sus necesidades, y la proveia de todo lo necesario, para ella y para sus hijos, si los tenia. Daba todos los dias limosnas en su palacio á los huérfanos y á los enfermos. Habia en Tezcoco un hospital para todos los que se habian inutilizado en la guerra: allí, á espensas del rey se mantenian, segun la condicion de cada cual, y muchas veces él mismo los visitaba. De este modo gastaba gran parte de sus rentas.

Su ingenio ha sido muy celebrado por los historiadores de aquel pais. Propúsose imitar en sus estudios y en su conducta, el ejemplo de su padre, y en efecto le fué muy semejante. Con él se puede decir que acabó la gloria de los reyes chichimecas; pues la

discordia que estalló entre sus hijos, disminuyó el esplendor de la corte, debilitó las fuerzas del estado, y lo dispuso á su última ruina. No declaró Nezahualpilli quién debia suceder en la corona, como habian hecho sus antecesores: mas ignoramos el motivo de este descuido, que fué tan pernicioso al reino de Acolhuacan. X

REVOLUCIONES DEL REINO DE ACOLHUACAN.

Cuando el consejo supremo del rey estuvo seguro de su muerte, se creyó obligado á elegir un sucesor, á ejemplo de los Mexicanos. Reuniéronse, pues, sus miembros para deliberar sobre un asunto de tanta importancia; y empezando á discurrir el mas anciano y condecorado, representó los gravísimos perjuicios que podrian sobrevenir al estado, si se diferia la eleccion: que su opinion era que la corona pertenecia al príncipe Cacamatzin; pues ademas de su prudencia y valor, era el primogénito de la princesa mexicana, con quien se habia casado el rey. Todos los otros consejeros se adhirieron á aquel dictámen, que parecia tan justo, y provenia de persona tan respetable. Los príncipes, que aguardaban en una sala inmediata la resolución del consejo, recibieron la invitacion de entrar para tener noticia de su resultado. Cuando hubieron entrado, se dió el principal asiento á Cacamatzin, jóven de veinte años, y á sus lados se sentaron sus hermanos Coanacotzin, de veinte, é Ixtlilxochitl, de diez y nueve. Levantóse el anciano que habia tomado la palabra, y declaró la decision del consejo, á la cual se habia sometido de antemano toda la nacion. Ixtlilxochitl, que era un jóven ambicioso y emprendedor, se opuso, diciendo, que si el rey hubiese muerto en verdad, hubiera nombrado sucesor: que el no haberlo hecho, era señal segura de estar aun en vida; y estando vivo el soberano, era un atentado en los súbditos el nombrar quien le sucediese. Los consejeros, conociendo la índole de aquel príncipe, no osaron por entónces contradecirlo, sino que rogaron á Coanacotzin dijese su parecer. Este alabó y confirmó la determinacion del consejo, ma-

*de qui me quedo etc*

nifestando los inconvenientes que se seguirian de diferir su ejecucion. Ixtlilxochitl se le opuso, tachándole de ligero y de inconsiderado; puesto que abrazando aquel partido, favorecia los designios de Moteuczoma, que era muy amigo de Cacamatzin, y procuraba colocarlo en el trono, esperando tener en él un rey de cera, á quien podria amoldar á su arbitrio. “No es prudente, dijo Coanacotzin, hermano mio, oponerse á una resolucion tan sábia y tan justa. ¿No echais de ver que aun cuando no fuese rey Cacamatzin, la corona me perteneceria á mí, y no á vos?” “Es cierto, respondió Ixtlilxochitl, que si no se considera otro derecho que la edad, la corona se debe á Cacamatzin, y á vos por su falta; pero si se prefiere, como es justo, el valor, corresponde á mí solo.” Los consejeros, viendo que se iba encendiendo cada vez mas la cólera de los príncipes, les impusieron silencio, y levantaron la sesion.

Los dos príncipes fueron entónces á su madre, la reina Xocotzin, para continuar en su presencia el debate: Cacamatzin, acompañado de muchos nobles pasó inmediatamente á México, y dió cuenta á Moteuczoma de todo lo que habia pasado. Moteuczoma, que ademas del amor que le tenia, conocia la legitimidad de sus derechos, sancionados ademas por el consentimiento de la nacion, le aconsejó ántes de todo poner en salvo el real tesoro, y le prometió interponer su mediacion con el hermano, ó emplear las armas mexicanas en su favor, dado caso de que nada se consiguiera con las negociaciones.

Ixtlilxochitl, cuando supo la salida de Cacamatzin, y previó las consecuencias de su visita á Moteuczoma, dejó la corte con todos sus partidarios, y se fué á los estados que sus ayos poseian en los montes de Meztitlan. Coanacotzin dió pronto aviso de esta novedad á Cacamatzin, á fin de que sin tardanza volviese á Texcoco, y se aprovechase de tan oportuna ocasion para coronarse. Tomó Cacamatzin el saludable consejo de su hermano, y pasó á la capital, en compañía de Cuitlahuazin, hermano de Mo-

teuczoma, y de muchos nobles Mexicanos. Cuitlahuazin, sin perder tiempo, convocó á la nobleza texcocana, en el Hueitecpan, ó sea gran palacio de los reyes de Acolhuacan, y le presentó al príncipe electo, para que lo reconociese como á legítimo soberano. Aceptáronlo todos, y quedó señalado el dia para la solemnidad de la coronacion; mas fué preciso suspenderla, por la noticia que llegó á la corte, de que el príncipe Ixtlilxochitl bajaba de las sierras de Meztitlan, á la cabeza de un ejército numeroso.

Este inquieto jóven, al llegar á Meztitlan, convocó á todos los señores de los pueblos de aquellas grandes montañas, y les hizo saber su designio de oponerse á su hermano Cacamatzin, pretestando su celo por el honor y por la libertad de las naciones Chichimeca y Acolhua: que era cosa indigna y peligrosa someterse á un rey tan flexible á la voluntad del de México: que los Mexicanos, olvidados de cuanto debian á los Acolhuas, querian aumentar sus inicuas usurpaciones con la del reino de Acolhuacan: que él por su parte estaba resuelto á emplear todo el valor que Dios le habia dado, en defender á su patria de la tiranía de Moteuczoma. Con estas razones, sugeridas probablemente por sus ayos, enardeció en tal manera los ánimos de aquellos señores, que todos ellos se ofrecieron á ayudarlo con sus fuerzas; y en efecto, tantas tropas alzaron, que cuando el príncipe bajó de los montes, su ejército llegaba, segun dicen, á mas de cien mil hombres. En todos los sitios por donde pasaba era bien recibido, ya por miedo de su poder, ya por inclinacion á favorecer sus designios. Desde Tepepolco mandó una embajada á los Otompanecas, previniéndoles que lo obedeciesen, como á su propio rey; mas ellos respondieron, que por muerte de Nezahualpilli no reconocian otro monarca que su hijo Cacamatzin, el cual habia sido aceptado pacíficamente por la corte, y se hallaba en posesion del reino de Acolhuacan. Irritado el príncipe con esta respuesta, marchó contra aquella ciudad. Los Otompanecas le salieron al encuentro en órden de batalla;

mas, aunque hicieron alguna resistencia, fueron vencidos, y la ciudad cayó en manos del vencedor. Entre los muertos se hallaba el mismo señor de Otompan, y esta circunstancia facilitó al príncipe su triunfo.

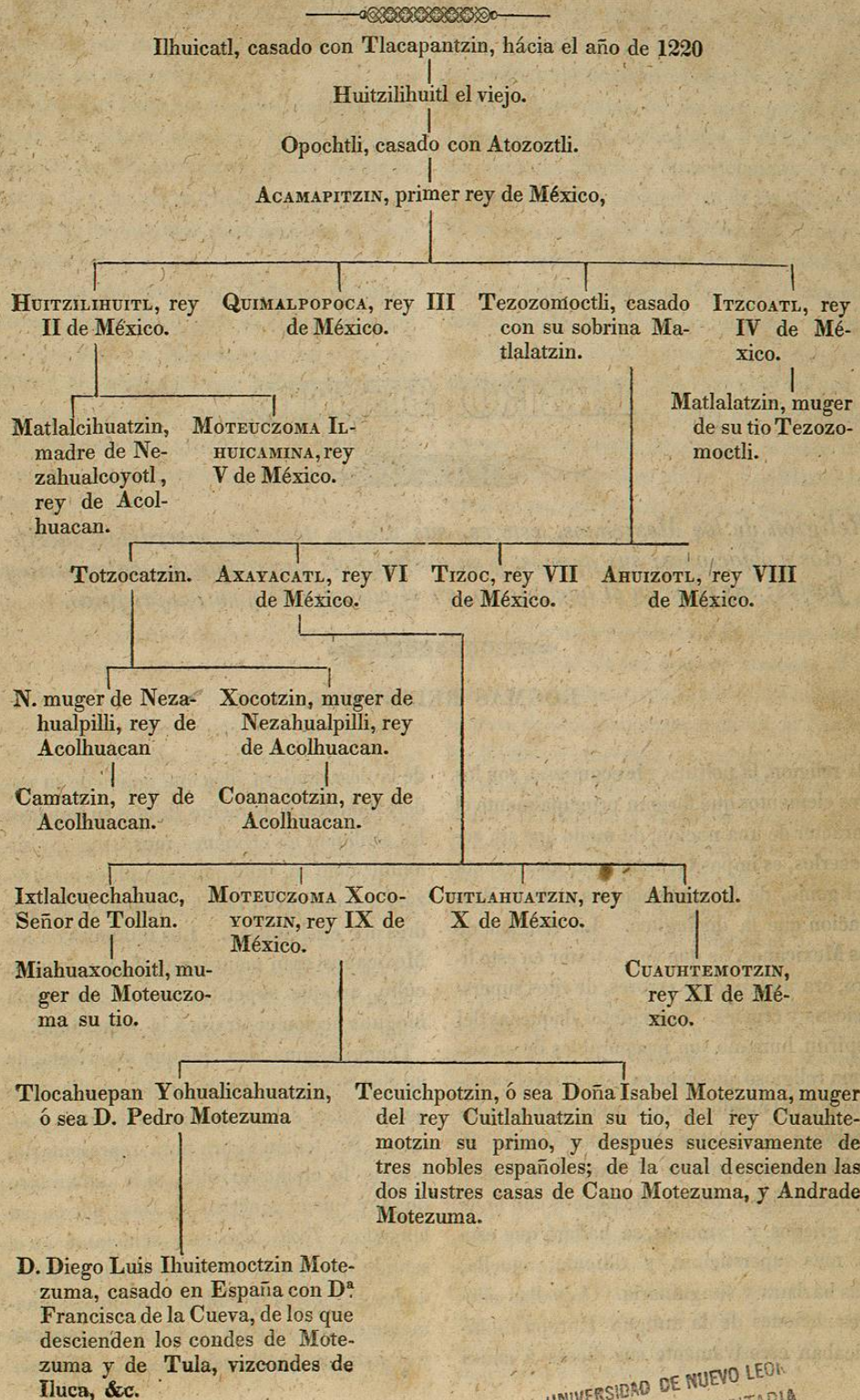
Este suceso puso en gran inquietud á Cacamatzin y á toda su corte. Fortificóse en la capital, temiendo que el enemigo quisiese atacarla; mas el príncipe, viéndose temido y respetado, no se movió por entonces de Otompan. Puso guardias en los caminos, con órden de no molestar á ninguno, de no impedir el paso á los particulares que saliesen de la capital á cualquier otro punto, y aun de obsequiar á las personas de distincion que por allí transitasen. Cacamatzin, viendo las fuerzas y la resolucion de su hermano; conociendo que era ménos malo sacrificar una parte, aunque grande del reino, que perderlo todo, envió una embajada á su enemigo, con el consentimiento de Coanacotzin, haciéndole proposiciones de convenio. Mandó á decirle que conservase, si queria, todos los dominios de los montes, pues él se contentaba con la capital y con los estados de la llanura: que tambien queria dividir con Coanacotzin las rentas de la corona; pero que le rogaba abandonase toda otra pretension, y no continuase turbando la tranquilidad del reino. Los embajadores fueron dos personajes de la sangre real de Acolhuacan, á quienes Ixtlilxochitl miraba con gran respeto. Este respondió que sus hermanos podrian hacer cuanto les agradase: que él deseaba que Cacamatzin quedase en posesion de Acolhuacan: que nada maquinaba contra él ni contra el estado: que si mantenía aquel ejército, era con el designio de oponerse á los planes ambiciosos de los Mexicanos, los cuales habian acarreado muchos disgustos, é inspirado graves sospechas al rey su padre: que si entónces se dividia el reino, por el comun interés de la nacion, esperaba verlo reunido dentro de poco; y que sobre todo, se guardasen de caer en los lazos que les habia armado el astuto Moteuczoma.

No se engañaba Ixtlilxochitl en esta desconfianza; pues en efecto, aquel rey fué quien puso al infeliz Cacamatzin en manos de los españoles, á pesar del amor que le profesaba, como despues veremos.

Despues de un convenio entre ambos hermanos, quedó Cacamatzin en pacífica posesion del reino de Acolhuacan; pero con gran disminucion en sus dominios, pues lo que habia cedido era una parte muy considerable de sus posesiones. Ixtlilxochitl mantuvo siempre sus huestes en movimiento, y muchas veces se dejó ver con ellas en las cercanías de México, desafiando á Moteuczoma á pelear cuerpo á cuerpo. Mas este monarca no se hallaba ya en estado de aceptar aquel desafio: el fuego de su primera juventud se habia apagado con los años, y las delicias domésticas habian debilitado notablemente sus brios: ni hubiera sido prudencia esponerse á aquel combate con un jóven tan resuelto, que con secretas negociaciones habia atraído á su faccion una gran parte de las provincias mexicanas. Sin embargo, muchas veces midieron los Mexicanos sus fuerzas con aquel ejército, quedando unas veces vencido, y otras vencedor. En una de estas acciones quedó prisionero un pariente del rey de México, que habia salido á la campaña con la resolucion de coger á Ixtlilxochitl, y conducirlo atado á México: así lo habia prometido á Moteuczoma. Supó el príncipe aquella arrogante promesa, y para vengarse lo mandó atar sobre un monton de cañas secas, y quemar vivo en presencia de todo su ejército.

En el curso de esta Historia haré ver cuánta parte tuvo aquel inquieto príncipe en la ventura de los españoles, los cuales empezaron á dejarse ver por aquel tiempo, en las costas del golfo mexicano; pero ántes de emprender la relacion de una guerra que trastornó completamente aquellas regiones, conviene dar alguna idea de la religion, del gobierno, de las artes y de las costumbres de los Mexicanos.

### GENEALOGIA DE LOS REYES MEXICANOS DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIII.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"EL REINO DE LOS REYES"  
MONTERREY, MEXICO